

cado, ni mas elocuente, ni mas zeloso en inspirar su devocion y en extender su culto. Basta leer sus obras para dudar si en todos los siglos tuvo jamás la santísima Virgen favorecido mas amado, ni siervo mas fiel. Hallándose un dia en la catedral de Espira, en medio del pueblo y clero que le rodeaba, extático y arrebatado, como acostumbraba, hizo tres genuflexiones, y exclamó *o clemens! ó pia! ó dulcis virgo Maria;* palabras que despues añadió la Iglesia á la antifona que tan frecuentemente reza á esta Señora.

Ningun dia dejó de celebrar el santo sacrificio de la misa, ni por sus viajes, ni por sus ocupaciones, ni por sus trabajos apostólicos, ni mucho menos por sus penosas enfermedades, que se le aumentaron los últimos años de su vida. Continuó ofreciendo el divino sacrificio hasta la última extremidad de esta, y siempre con nueva devocion y con mas encendido fervor. En su última enfermedad, fué visitado por Gumardo, rey de Cerdeña, que, movido de la fama de su eminente santidad, vino expresamente á Claraval para este intento. Hablóle el santo del abuso y de la vanidad de las cosas humanas, exhortándole á que se quedase en Claraval; vióle poco dispuesto á seguir su consejo, y dejóle ir; pero le pronosticó que presto antepondria la quietud de una celda en aquel monasterio á todo el esplendor del reino de Cerdeña, y así sucedió efectivamente un año despues.

Hizo un viaje á Claraval Illino, arzobispo de Tréveris, para suplicar al santo fuese á poner paz en los moradores de Metz y algunos príncipes vecinos que desolaban aquella provincia. Hallábase san Bernardo poco menos que moribundo, y quiso sacrificar lo poco que le restaba de vida á la quietud y á la salvacion de aquellos pueblos. Dióle fuerzas el Señor; separó dos ejércitos, pacificó los ánimos, reconciliólos; y cimentando aquella paz con muchos milagros, se res-

tituyó á Claraval para terminar tan santa vida con una santa muerte. Fueron sus últimos suspiros continuados actos del mas puro y mas encendido amor de Dios, y efectos todos de aquella su extremada y tierna confianza en la santísima Virgen. En fin, el dia 20 de agosto del año 1153, este gran santo, restaurador de la vida monástica, modelo de la mas eminente santidad, oráculo del mundo cristiano, órgano del Espiritu Santo, alma de los concilios, mediador y árbitro de todas las diferencias, objeto de veneracion á los papas y á los reyes, y de admiracion á todos los pueblos, habiendo renunciado los mas altos puestos y las mas elevadas dignidades de la Iglesia, murió en Claraval con la muerte de los justos, entre los brazos de sus monjes, á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habian concurrido á recibir su bendicion, y hallarse presentes á su muerte. Murió á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de la vida religiosa, y treinta y ocho de abad. Fueron sus funerales los que se acostumbran en la muerte de los santos, acompañados de mucha devocion, de grande respeto y de suma veneracion á sus santas reliquias. Diósele sepultura en la iglesia de Claraval, delante del altar de la santísima Virgen, á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro de san Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte, fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro III, que celebró de pontifical el dia de su canonizacion, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En tierra de Langres, el tránsito de san Bernardo, primer abad de Claraval, ilustre en santidad, vida, doctrina y milagros.

En Alba en Pannonia, san Estéban, rey, que, con las divinas virtudes, fué el primero que convirtió los Húngaros á la fe de Jesucristo.

En Judea, san Samuel, profeta, cuyas reliquias, segun refiere san Jerónimo, fueron llevadas á Constantinopla por el emperador Arcadio, quien las colocó cerca del Hebdomo.

En dicho día, san Lucio, senador, quien, viendo la constancia de Teodoro, obispo de Cirene, en sufrir el martirio, abrazó la fe de Jesucristo, á la que atrajo al presidente Digniano. Habiendo ido con él á Chipre, y viendo morir allí á otros cristianos por la confesion de la fe del Señor, se ofreció voluntariamente y mereció, por el sacrificio de su cabeza, la misma corona del martirio.

En Tracia, treinta y siete bienaventurados mártires, quienes, despues que se les hubieron cortado los piés y las manos bajo el presidente Apeliano por la fe de Jesucristo, fueron arrojados en una hornaza ardiendo.

En el mismo lugar, los santos mártires Severo y Memnon, centurion, que, víctimas del mismo género de muerte, entraron juntos triunfantes en el reino de los cielos.

En Córdoba, san Leovigildo y san Cristóforo, monjes, mártires, á quienes, despues de haber sido encarcelados en la persecucion de los Arabes por defender la fe cristiana, cortaron la cabeza, echándolos luego al fuego, con lo que alcanzaron la corona del martirio.

En Roma, san Pórfiro, varon de Dios, quien instruyó en la fe y doctrina de Jesucristo al mártir san Agapito.

En la isla de Noirmoutier, san Filberto, abad.

En Chinon, san Mesmo, confesor, discípulo de san Martín, obispo.

En Saintes, san Siroino, mártir.

En Quercy, san Amador, confesor.

En la diócesis de Usez, san Veredemo, solitario.

En el Mans, san Chadoino, obispo.

En Alejandria, san Dióscoro, mártir.

En Lucania, san Valentiniano, mártir.

En Aquileya, los santos mártires Leocio y Carpóro, médicos arabes.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Bernardi abatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bernardo, abad, nos haga gratos á vuestros divinos ojos, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epístola es del libro de la Sabiduría.

Justus cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur. Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiæ replebit illum: et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ: et in oratione confitebitur Domino: et ipse diriget consilium ejus, et disciplinam, et in absconditis suis consiliabitur. Ipse palam faciet disciplinam doctrinæ suæ, et in lege testamenti Domini gloriabitur. Collauda-

El justo levantándose de madrugada, volverá su corazón al Señor que le crió, y hará oracion en presencia del Altísimo. Abrirá su boca para orar, y pedirá perdon de sus pecados. Porque si el Señor grande quisiere, le llenará de espíritu de inteligencia: y él esparcirá los eloquios de su sabiduría como lluvia, y dará gracias al Señor en la oracion, y este dirigirá su consejo, y su doctrina, y se aconsejará en los juicios ocultos (del Señor). Él hará patente la enseñanza de su doctrina, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor. Su sabiduría será

bunt multi sapientiam ejus, et usque in sæculum non debilitur. Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur à generatione in generationem. Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudem ejus enuntiabit Ecclesia.

alabada de muchos, y no se olvidará jamás. No perecerá su memoria, y su nombre se repetirá de una generacion en otra. Las naciones predicarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas

NOTA.

« El autor de este libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, al mismo tiempo que hace élogio del sabio, forma el retrato del hombre justo, mostrando que la verdadera gloria, el verdadero mérito y la verdadera sabiduría son inseparables de la verdadera virtud, único asunto que debe dar materia al verdadero elogio. »

REFLEXIONES.

Será su nombre honrado de siglo en siglo, y la Iglesia celebrará sus alabanzas. Esta profecía tiene por objeto á todos los justos. La serie de los siglos que va debilitando la memoria de todos los hombres grandes, da nuevo vigor á la de los santos, haciéndola cada dia mas respetables. Consume el tiempo hasta el relieve de las mas bellas acciones de los héroes de la tierra; marchitase su lozanía hácia el caer de la tarde; solo la virtud de los justos no está sujeta á esta duracion caduca; siempre se conserva viva la brillantez de su mérito, y siempre encuentra la Iglesia en su piedad asunto nuevo á su elogio. Pero mucho mas á la letra se cumple esta profecía en la Reina de los santos y Madre de los escogidos, de quien se dice con razon que todos los siglos venideros exaltarán su dicha. De la santísima Virgen se puede propiamente decir que

la Iglesia celebrará todos los dias sus alabanzas, y que su nombre será de siglo en siglo honrado y glorificado. Es cierto que, habiendo predestinado Dios á María desde toda la eternidad para Madre de su Hijo, desde toda la eternidad fué objeto de la predileccion de toda la adorable Trinidad; y si los ángeles desde el primer instante de su creacion conocieron á Jesucristo por la fe, ¿cómo pudieron menos de reconocer y de venerar á su Madre? San Agustín, san Juan Damasceno, san Bernardo y otros muchos santos padres, aseguran que á los profetas y á los patriarcas de la ley antigua se les dió anticipado conocimiento de la Madre del Redentor, que mucho mas se les concedió á los ángeles; ¡pues cuáles serian sus afectos de admiracion, de amor y de respeto! *A prophetis prænuntiata*, dice san Sofronio, *à patriarchis, figuris et ænigmatibus præsignata, ab evangelistis exhibitæ et monstrata, ab angelis venerabiliter atque officiosissimè salutata*. Las hijas de Sion, es decir, las almas fieles de todos tiempos y de todos los siglos, vieron y publicaron su mérito y su gloria (*Cant. 6*): *Viderunt eam filie Sion, et beatissimam prædicaverunt*. ¿Qué idea mas sublime de su elevada dignidad; qué elogio mas magnífico que el del ángel san Gabriel en el dia de su Anunciacion; qué veneracion mas caracterizada que la de santa Isabel en el de la Visitacion? *Benedicta tu in mulieribus (Luc. 1)*. Pero no se contenta con esto: ¿De dónde á mí, añade, que la Madre de mi Señor me venga á visitar? *unde hoc mihi?* ¿De qué manera, y en qué términos se explica Santiago el Menor en su liturgia sobre las alabanzas de la santísima Virgen? « Todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias; todos los ángeles y todos los hombres os honren y os reconozcan por templo santo, paraíso espiritual y gloria de las vírgenes, de quien Dios quiso tomar carne, y a

quien se dignó reconocer por madre como hijo; todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias.» Sabemos lo que en este punto sintió san Juan y todos los demás apóstoles. En todos los siglos de la Iglesia hubo grandes hombres y grandes santos; pero ninguno de estos grandes doctores dejó de sentir lo mismo por la Madre de Dios. San Ignacio, mártir, en el primer siglo; san Justino y san Ireneo, en el segundo; san Gregorio de Neocesarea y san Cipriano, en el tercero; san Atanasio, san Efren, san Basilio, san Epifanio, san Ambrosio, san Agustin, san Jerónimo, san Crisóstomo, san Sofronio, en el cuarto; san Cirilo, san Euterio, san Crisólogo y san Basilio el de Seleucia, en el quinto; san Fulgencio, san Andrés de Candia y otros muchos, en el sexto; san Gregorio el Grande, san Ildefonso y todos los padres del segundo concilio de Nicea, en el séptimo; san German de Constantino-
 plia y san Juan Damasceno, con el quinto y séptimo concilio general, en el octavo; san Nicéforo, Teófanos de Nicéa, en el noveno; el sabio Idiota y san Fulberto, en el décimo; el bienaventurado Pedro Damian y san Anselmo, en el undécimo; san Bernardo en todas sus obras, el abad Ruperto, Arnaldo de Chartres y Hugo de San Victor, en el duodécimo; el papa Inocencio III y el célebre Guillelmo de Paris, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, sin hablar de santo Domingo y de san Francisco, en el decimotercio; el sabio Scoto, san Bernardino de Sena, Juan Gerson, san Laurencio Justiniano y san Antonino, en el decimocuarto; todos los grandes hombres y todos los sabios, en los siglos siguientes; todas estas lumbreras del mundo cristiano; todos estos oráculos del Espíritu Santo y de la Iglesia, como que apuraron sus voces y su elocuencia en publicar las grandezas de la Madre de Dios, en exaltar su poder despues del de su Hijo, en exhortar á todos los cristianos con expresiones dignas de tal

asunto, y con los términos mas energicos á una confianza sin límites, á una singular veneracion y á una tierna devocion á la santísima Virgen. ¿Pues que podrán esperar de su futuro estado y de su eterna salvacion aquellos que no tienen esta tierna devocion y esta confianza llena de consuelo en la Madre de Dios?

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Simon Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus: Hé aqui que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones, por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

DEL SINGULAR CULTO QUE DEBEMOS RENDIR A LA
SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, en haciendo reflexion á que la Virgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devocion y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los arrianos, los nestorianos, los calvinistas y los luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobare y condenar el religioso culto que se debe tributar á Maria. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa mujer á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al dia su poderosa intercesion; ¿qué culto no deben rendir los hijos verdaderos de ella? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; pero, ¿cuántas no vomita continuamente contra Jesucristo? Jamás hubo, ni jamás habrá quien siga su opinion y tenga el mismo lenguaje, sino la herejia, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares erigidos en su honor, tantos votos ofrecidos para merecer su proteccion, tantas piadosas congregaciones y cofradias como hay en la Iglesia católica bajo los auspicios de su soberano nombre, todo prueba, todo publica la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprendible dignidad de Madre de Dios; el augusto título de medianera con el Hijo del Eterno Padre; nuestras necesidades, nuestros intereses, nuestra fe y nuestro reconocimiento, todo nos está

pidiendo el mismo reverente culto. Es un tributo debido á la excelencia, á la suma dignidad de Madre de Dios, de Reina de los ángeles y de los hombres, á la eminente santidad de aquella que es inferior á solo Dios, y superior á todo lo que no es Dios. Al considerar los afectos de la mas humilde, de la mas profunda veneracion con que todos los santos honraron á la santísima Virgen, las expresiones de que se valieron para manifestar su respeto interior, que ni uno solo dejó de tributar el culto mas elevado, exceptuando la adoracion de latria; cuando se hace reflexion á que la Iglesia, no contenta con celebrar tantas fiestas en su honor con toda la solemnidad posible, no dándose por satisfecha con no comenzar ni acabar jamás el oficio divino sin una oracion particular á la santísima Virgen, quiere que todos los dias se toque tres veces la campana, para acordar á los fieles que tributen á esta divina Madre el culto que se le debe: ¡cuánto debemos sentir el haberla honrado tan tibiamente hasta este dia! ¡oh, y cuánta negligencia en su servicio! ¡qué frialdad, qué indecencia en el culto que le hemos tributado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay en la Iglesia tres especies de religioso culto. El de *latria*, ó de suprema adoracion, que solo pertenece á Dios, y á solo él debe terminarse. Esta adoracion interior que rendimos á Dios en espíritu y en verdad, tiene sus actos ó señales exteriores, siendo la principal de ellas el sacrificio, el cual á solo Dios se le puede ofrecer; por quanto el sacrificio se instituyó para dar un público testimonio, y para hacer una solemne protestacion y auténtico reconocimiento de la soberania de Dios y de nuestra dependencia de él. Todo este religioso culto se debe terminar á Dios

como á su necesario fin; y si el que tributa la Iglesia á la Virgen y á los santos se puede llamar religioso, es porque necesariamente se refiere á Dios. Asi, pues, hablando en propiedad, no es á Maria á quien dedicamos altares, consagramos templos y ofrecemos sacrificio, sino á Dios que la escogió, y que la santificó y que la glorificó. El segundo culto es de *dulía*, y es el que se rinde á los santos cuyas virtudes se celebran, y á ellos se les reconoce como á verdaderos siervos de Dios. Pero el culto que rendimos á la santísima Virgen como debe ser proporcionado á su santidad, y á la clase que ocupa en la corte celestial, tambien ha de ser de orden superior al que tributamos á los santos, y por eso se llama de *hiperdulía*; esto es, de línea tan superior al de los demás bienaventurados, cuanta es la ventaja que hace á todos ellos la santísima Virgen en santidad, en dignidad y en merecimientos. Y como la santísima Virgen, en calidad de madre de Dios, hace en la gloria, digámoslo así, clase aparte, y sentada á la diestra de su Hijo, ocupa un trono muy superior á todos los ángeles y á todos los santos; tambien merece unos honores, una veneracion y unos cultos muy superiores á los que se tributan á todos los santos que pueblan la celestial Jerusalem. Y bien, ¿qué culto especial es el que hasta aquí yo le he tributado? Toda veneracion es la medida del aprecio que hacemos del mérito de una persona, y del concepto que formamos de su dignidad. Y la veneracion que hemos profesado hasta ahora á la santísima Virgen ¿será gran prueba de la excelencia de nuestro culto y de nuestra devocion á esta Señora? Respétanse los retratos, el nombre y hasta los palacios de los grandes; ¿qué respeto hemos tenido á los templos, á las imágenes y al nombre de Maria? ¿Cuántas veces en nuestras devociones hemos confundido las apariencias de respeto con una mera costumbre?

Virgen santa, grande es mi dolor de haberos honrado, de haberos amado tan poco hasta el dia de hoy. La confianza que tengo en vuestra bondad alienta mi esperanza de que olvidaréis mis pasadas negligencias. Desde este mismo punto comienzo á honraros como á madre de mi Dios; comienzo á amaros como á mi querida madre. Dignaos recibir el arrepentimiento y los votos de un humilde siervo vuestro, que ha sido infiel hasta aquí; pero que está bien resuelto á ser todo el resto de su vida el mas rendido y el mas zeloso de todos vuestros esclavos.

JACULATORIAS.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Eccl.

Dignaos, ó sacratísima Virgen, de que todos los dias de mi vida sean un perpetuo panegirista de vuestras alabanzas.

Ave, Regina cælorum; ave, Domina angelorum. Eccl.
Dios te salve, Reina de los cielos; Dios te salve, Señora de los ángeles y de los hombres.

PROPOSITOS.

1. Rézanse muchas oraciones. y se hace poca oracion; mas parece leer, que meditar ni pedir. El poco respeto y la poca atencion en las devociones les quitan el mérito, y nos privan del provecho. Si quieres que la Virgen oiga tus oraciones, y que le sean agradables, vive bien. Siempre están puros los labios cuando el corazon no está manchado con culpa. Tu interior y exterior, respecto á la santísima Virgen, sean prueba de la ternura con que la amas, y señal visible del religioso culto que le rindes. Venera singularmente todas las cosas que le pertenecen ó se refieren á ella;

devociones, imágenes, símbolos, oraciones, capillas, cofradías, todo lo que se dirige á honrar á la Madre de Dios, á inspirar confianza en la Madre de Dios y á promover la devocion con la Madre de Dios; todo ha de ser dulce, precioso y respetable para tí. No pierdas ocasion de mostrar tu religiosa pasion por la Madre de Dios, de exaltar sus grandezas, de publicar sus alabanzas y de extender su culto. Estos afectos son propios de todos sus verdaderos siervos.

2. Hónrase verdaderamente á la santísima Virgen honrando á toda su familia; singularmente á santa Ana, á san Joaquin y á su prima santa Isabel, á san Zacarías, á san Juan Bautista, á san Juan evangelista, y sobre todo á su casto esposo san José, guardia y tes-tigo de su virginidad. Honra tambien por su respeto á todos los santos que mas sobresalieron en su tierna devocion. Celebra con solemnidad y con especial fervor todas sus fiestas. Es devocion muy meritoria ayunar las visperas de las festividades de la Virgen. Pero sobre todo te has de imponer una ley particular de rezar con singular devocion las oraciones que hicieres á esta Señora. Jamás dejes de rezar las *Ave Marias* á la mañana, á mediodia y á la noche; pero siempre con toda atencion y respeto. Pronuncia siempre con grande veneracion el sagrado nombre de María, y entre dia repítela muchas veces esta bella oracion de la Iglesia: *María, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste proteges, et hora mortis suscipe.*

DIA VEINTE Y UNO.

SAN GERMAN, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.

San German, uno de los mas zelosos siervos de la santísima Virgen en la iglesia de Oriente, y uno de los mas célebres prelados de la iglesia griega, nació hácia la mitad del siglo séptimo. Fué hijo del patricio Justiniano, á quien el emperador Constantino Pogonato mandó cortar la cabeza por muy lijeras sospechas. Sintió German vivisimamente esta desgraciada muerte, aunque era todavía muy niño, y estuvo inconsolable. Irritado el emperador, y arrebatado de una barbaridad indigna del corazon humano, castigó severamente en el niño German el delito de haber sentido extremadamente la muerte de su querido padre. Pero al fin, prendado de su noble natural, de su bello ingenio, y sobre todo de su inclinacion á la virtud, que ya se hacia admirar, se le trocó el corazon, y se arrepintió mucho, tanto de la muerte del padre, como de los malos tratamientos con que habia mortificado al niño. Para reparar su falta, cuidó que German fuese admitido en el clero, y aun el mismo emperador hizo que se le diese un empleo distinguido en la iglesia de Constantinopla. Honró el nuevo clérigo su cargo, no menos con la brillantez de su ingenio, que con el ejemplo de sus virtudes. Aplicóse tanto á instruirse en las ciencias de la religion, que en breve tiempo fué la mas resplandeciente antorcha de la clerecia, y con la pureza de sus costumbres gano la estimacion y los corazones de toda la ciudad.